

SÓLO UN BOTÓN

Eduardo Honey

Por fin Martí puede sonreír. Tras un largo peregrinar desde Monterrey, Nuevo León, ahora se encuentra frente a la Casa Blanca. Por detrás dejó a los jinetes del apocalipsis que cabalgan en pos de un anticristo que se les perdió; a fanáticos de la iglesia de *Mad Max*, intentando apropiarse de las últimas reservas de gasolina; rebaños de zombies pastoreados por narcos para que se usen como abono de marihuana, coca y opio; *minutemen* en pugna constante con “kukluxklane-ros” por demostrar quién es el blanco entre los blancos entre muchas otras minucias más.

Desde que se encontró al Texanito del servicio secreto que huía al sur, Martí soñó con seguir las instrucciones que el *gabacho* comentó y encontrar la sala con esos cadáveres que dejó por detrás. El *gringo* le dijo que fue él quien apagó las luces y cerró la puerta de la Casa Blanca a sus espaldas, mientras masticaba una carne asada con chilaquiles que Martí le preparó (lo último que le quedaba en casa).

Así que, tras perder a su esposa por la plaga de langostas, que se llevaran reclutados a sus dos hermanos para defender la soberanía del Sultanato del Norte, que su padre muriera empachado y su madre lanzara su último y débil suspiro a causa del virus del año, Martí empa-
có sus cosas en una mochila, encontró el mejor calzado posible e inició su camino a los *yunaited* como turista del fin del mundo en un recorrido que le llevaría unos tres mil kilómetros.

Fue fácil cruzar al otro lado en Laredo ya que no hay frontera, mas que las aguas rojas por la sangre y que inundan la planicie a ambos costados del Río Bravo. Aprendió a filtrar la lluvia ácida que cae de vez en vez, así como a cazar langostas que, aunque crujen demasiado tras tostarlas, no le saben tan mal.

Con los narcos ubicados en San Antonio no hubo tanto problema, pidió chamber y durante un tiempo, junto con otros *beaners*, estuvo pastoreando un pedido de veinte mil zombies que solicitaron en

Detroit. Sin altibajos mayores, logró cruzar Austin, Dallas, Memphis y se despidió de los cuates en Nashville.

Escondiéndose en ocasiones, tomando atajos, matando a uno que otro un día sí y otro no, logró avanzar por Tennessee. En un acto de ingenio mexicano logró robar un auto recién abastecido a los “madmaxianos” en Knoxville y corrió hasta que ya no hubo más combustible. Los acólitos de esa iglesia desistieron cuando vieron que perderían más que lo que ganaban si lo intentaban alcanzar en esa alocada carrera. En Roanoke dejó el auto y continuó a pie su camino. Apenas empezaba el invierno, pero el clima no bajaba de 40 grados a la sombra.

Los últimos cientos de kilómetros fueron tanto a pie como en bicicleta cuando hallaba alguna. En ocasiones, no importaba si fuera día o noche, de vez en vez en el cielo aparecía alguno de los cuatro jinetes aullando de desesperación. Una noche, mientras Guerra cabalgaba cubierto de llamaradas y lamentándose de forma tal que retumbaba el bosque, el tipo que venía de Birmingham le dijo que un predicador había anunciado un fin del mundo que se cebó. Martí, extrañado, le expresó que no le entendía. El tipo nomás contestó que, entre tantos miles de millones de personas en el mundo y ante varios apocalipsis en simultáneo, no se sabía a ciencia cierta si el carajo se había llevado al anticristo o todavía seguía vivo por allí bien perdido de sus deberes.

Tras estos avatares, Martí se encuentra cara a cara ante la reja y el inútil muro de láminas que rodea la Casa Blanca. Rodea el perímetro y encuentra, exactamente donde le dijo el Texanito, la lámina suelta que puede deslizar para entrar al jardín. Luego, como si fuera un paseo tranquilo por el parque, camina entre el pasto ya bastante crecido y llega a la puerta cerca de la oficina oval. Entra, avanza por unos pasillos, baja unas escaleras, otros pasillos más y luego una larga escalera que desciende metros y metros bajo tierra.

Llega a la puerta del búnker presidencial. Ilumina el borde y nota que esos casi dos metros de metal y reforzamiento no cierran totalmente. De nuevo el Texanito dijo la verdad. Deposita la lámpara en el suelo y, tras unos veinte minutos de esfuerzo, logra deslizarla lo suficiente para abrir un hueco donde puede pasar. Regresa por la lámpara y entra. De nuevo sigue las instrucciones y llega donde están los restos momificados del expresidente de esos Estados Unidos ya en el olvido, de algunos generales y de varios agentes tirados en el suelo. Hace años que la sangre se secó. Se aproxima al sillón donde yace la momia

ex-presidencial, la tira a un lado y pulsa varios botones en el teclado que tiene frente a él. Las luces se reactivan, las pantallas se encienden y algo de aire corre por el sistema de ventilación.

Marté sabe que hay víveres y energía suficiente para el resto de su vida, pero eso no es lo que le interesa. El general de cinco estrellas tiene frente a sí un enorme portafolio. Está abierto y contiene una pantalla, dos llaves y un teclado.

El Texanito le dijo que prácticamente todo estaba listo cuando empezó a disparar, matando a todos los sobrevivientes que estaban en la sala. Que sólo bastaba pulsar el *enter*, acción que Marté hace sin dudar. Luego escribe *YES* y pulsa de nuevo el *enter*. Tranquilo, recoge sus lámparas, se despide de las momias y regresa al jardín de la Casa Blanca.

Después de que el Texanito le dijo todo lo anterior le hizo prometer a Marté que le daría el tiempo suficiente para llegar a Oaxaca y reencontrarse con la familia que nunca emigró a los yunaited. Tras que Marté se lo juró, el Texanito concluyó:

—Ya sabes, mano, nomás que salgan los misiles intercontinentales de los gringos, de inmediato alguien, en los búnkeres chinos, rusos, israelíes y coreanos dirán lo mismo que tú: que todo se vaya a la chin-gada, y verás antes de una hora todo el espectáculo.

Marté se tira en el pasto crecido y mira al cielo. En un rato más iniciarán los fuegos atómicos y el mundo, ahora sí, se aniquilará por mano de los propios hombres y no de todos esos locos que nomás andan por allí sin lograr concretar un final como es debido.